

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 pesetas
Fuera 0'45 .
Número suelto 0'05 .

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

--¿Cuál de los dos fué más grande?

--V́ctor Hugo y Bismarck

Con motivo del 70.º aniversario del príncipe de Bismarck, le remitió Víctor Hugo la siguiente carta, que publicó un diario parisiense. Dice así:

«El gigante al gigante, el enemigo saluda al enemigo; el amigo manda su saludo al amigo.»

Yo te odio cruelmente, porque has rebajado á mi patria, pero te quiero porque soy más grande que tú. Te caíste cuando sonaron los 80 años en el reloj de mi gloria; yo hablo con ocasión de tu 70.º aniversario. Yo, 80; tú, 70; la humanidad entera nos sigue á guisa de cero.

Si los dos nos reuniéramos en un solo hombre, se habría acabado la historia del mundo. Tú el cuerpo, yo el espíritu; tú la nube, yo la luz; tú el poder, yo la gloria.

¿Cuál de los dos es más grande? ¿El vencedor ó el vencido? Ninguno de los dos, porque somos grandes entrambos. Haz una señal con la cabeza; yo haré otra y la gran unión de los pueblos, la paz eterna, serán un hecho.—Hugo».

El príncipe de Bismarck se limitó á contestar: «Adios.—Otón».

I

Según nuestro modo de apreciar las cosas, Víctor Hugo es el más grande, porque causó menos víctimas á la humanidad. Estamos hartos de sacrificios que á nadie inspiran admiración; estamos cansados de ver sucumbir á los héroes anónimos; miramos con profunda compasión, ese montón de carne humana que se mueve, avanza, conquista la victoria y cae, sin que los historiadores se ocupen de sus proezas, ya que únicamente dicen, con el más frío laconismo, que murieron *tantos ó cuantos* en la gloriosa jornada

de tal ó cual punto, y dió renombre à su patria el bravo caudillo que con sin igual valor arrojó los mayores peligros para conquistar la victoria.

¡Cuánta ingratitud! ¡Cuánta miseria! ¡Cuánta injusticia! Tanto nos han llegado á cansar los héroes ingratos, que las grandes figuras históricas no despiertan nuestra admiración; en cambio, las humildes figuras de los *trabajadores*, lo mismo los que trabajan en los campos de batalla, que los que en medio del mar luchan con los elementos, son los que atraen nuestra atención, y tratamos de inquirir sus dolores, sus desengaños, sus esperanzas, sus sueños, todo cuanto les hace vivir y esperar; quisiéramos ser los biógrafos de todos aquellos que más han sufrido, que más han esperado, que más han luchado en beneficio de la humanidad, porque creemos que los héroes ignorados son los más grandes.

II

«Y los más felices, (aunque no lo parezcan) nos dice un espíritu; porque son los que tienen menos responsabilidades. En mi larga carrera (porque yo soy un espíritu muy viejo y muy experimentado) he tenido ocasión de sentir los más crueles remordimientos y las más dulces satisfacciones. Recuerdo una existencia que tuve de caudillo, de general en jefe, teniendo á mis órdenes á los hombres más valientes y más aguerridos. Una palabra mía los hacía morir en medio de un mar de fuego; yo era un Dios para ellos, disponía á mi antojo de sus vidas. Si los dioses habitasen en la Tierra, yo podría decir que fui un dios temido y adorado. Gané muchas batallas, engrandecí á mi patria, le di muchos días de gloria, y dejé la tierra en el campo de batalla, despues de haber ganado y haber vencido al ejército enemigo. Lo que no pudo conseguir el fuego de mis contrarios, lo consiguió una serpiente que se enroscó á mi cuello, mientras yo dormía sobre mis triunfos en mi tienda de campaña. Mi muerte produjo una consternación general; mi tumba fué un plantel de laureles en flor; no era odiado, era temido; no me ensañé con el vencido, y sin embargo de no haber sido cruel, mi entrada en el espacio fué muy triste, muy desconsoladora para mí. Me encontré en una llanura inmensa; un cielo gris, sin celajes ni reflejos luminosos, caía como una plancha de plomo sobre mi cabeza. En aquella llanura no brotaba una flor, ni el más pequeño arbusto balanceaba sus ramas; solo á largos trechos, se entreabría la tierra, formando hondos surcos, en los cuales el fuego del incendio había dejado sus negruzcas huellas y una voz lejana me decía, muy quedo: «¡Recréate en tu obra!» Seguí andando, y anduve mucho, mucho, y siempre veía lo mismo, las ruinas de los pueblos incendiados; al fin, me detuve avergonzado de mi mismo; no tenía una buena obra que recordar. De pronto, apareció la figura de un niño; el niño me abrazó; era un pequeñuelo

que representaría tres años; yo le miré, queriéndole reconocer, pero me encontraba tan perturbado que pronto me di por vencido, y le dije:—¿Quién eres? Te he visto, no sé donde; sácame de dudas.—El niño apoyó su diestra en mi frente y me dijo:—Mira—Miré, y me vi montado en un soberbio alazán; mi caballo corría saltando zanjas y horribles precipicios, á impulsos de mi voluntad; mis espuelas oprímían sus ijares y mi caballo volaba como si hubiese hecho una apuesta con las águilas, que en la inmensa altura se remontaban para hacer sus nidos en los picachos de las montañas donde la planta humana aún no había llegado. Con mi veloz carrera, llegué al punto que deseaba, ante una gran ciudad que ardía por sus cuatro costados; mis guerreros cumplían mis terminantes órdenes. Mi voz de trueno se unió á la infernal gritería de los vencidos y los vencedores. Siguió el incendio destruyendo maravillosos templos paganos, donde el arte había hecho de la dura piedra delicadísimos encajes, y había dado vida á las figuras mitológicas. Bajé de mi caballo y sin idea fija, me dirigí á la ventura por los alrededores de la ciudad incendiada; reparé en una choza que comenzaba á arder; me acerqué y dentro de ella vi á un niño mudo por el espanto. El pobrecito, al verme, me tendió los brazos; yo le estreché contra mi corazón y salí huyendo con mi preciosa carga, avergonzado de mi generosidad.

¡El guerrero invencible con un niño en brazos! ¡Mi gente, matando sin piedad á los vencidos y yo corriendo á campo atravesado, con aquél inocente, sin saber dónde dejarlo en salvo!... ¡Corrí mucho, mucho! hasta llegar á una casa de campo. Allí me detuve, y pedí hospitalidad para mi compañero. Una mujer le tomó en sus brazos, diciéndome:—¡Pero este niño está muerto!—Y efectivamente, ¡el niño había muerto en mis brazos! Y yo que nunca había derramado una lágrima, al ver el cadáver de aquél inocente, bañé su rostro con mi llanto, y acompañado de aquella buena mujer y de otros campesinos, no me separé de él hasta que le di sepultura. Más tarde, mis tropas me llevaron en triunfo, crucé largo trecho bajo un bosque de laureles en flor; mujeres hermosas alfombraban mi camino con perfumadas flores, pero mi pensamiento estaba fijo en aquél niño que murió de espanto, y que ignorando que yo fuese su verdugo, me tendió sus brazos, diciéndome con un mudo ademán:—¡Sálvame de la muerte!—Comprendí que el niño que encontré en mi soledad, era aquél que murió en mis brazos y por si alguna duda me quedaba, él me dijo:—Soy el único ser que guarda de tí un recuerdo de gratitud; en tu última existencia muchas madres te maldicen; tu patria te debe unos cuantos palmos de terreno; pero ese pedazo de tierra, ha sido regado con lágrimas y sangre. Todo tu sentimiento, todo tu amor, lo recogí yo en breve tiempo; yo seré el único rayo de luz que iluminará la noche de tu vida. Ven conmigo—y el niño se convirtió en una hermosa

figura. Me sentí desfallecido y un sueño dulcísimo y reparador me hizo olvidar mi triste entrada en el espacio. Muchas veces he vuelto á la tierra en posición muy humilde; no he hecho proezas, pero no he hecho mal á nadie; he vivido ignorado y he muerto en paz, en santa paz, y he hallado muchos seres amigos que me aguardaban con los brazos abiertos, sin faltar el niño que bajo esa figura se me presenta siempre, siendo el guía amorosísimo de mi vida. No lo dudes, Amalia: el hombre más grande es el que hace menos víctimas y el que más se sacrifica por la humanidad. Adios.

III

Somos de la misma opinión del espíritu. El hombre más grande creemos que es aquél que hace de su hogar un pequeño oasis, un pequeño Estado, donde no hay un tirano que martirice ni esclavos sumisos al mandato de su Señor, y entre los suyos ensaya el gobierno de un pueblo dónde reine el amor y la ciencia y sea un hecho el divino lema: «Uno para todos y todos para uno.»

Amalia Domingo Soler

Sobre el primer mandamiento

El catolicismo pide á sus fieles el exacto cumplimiento de los mandamientos de la iglesia. No es tan exigente, por cierto, con ellos, respecto á los mandamientos de Dios.

Estos mandamientos que debían grabarse en todos los corazones para formar allí una Ley que sirviera como de valla contra el mal, á la par que de guía hácia el bien, están poco menos que abandonados por esa religión positiva que sólo se preocupa de lo terrenal. «No falteis á la misa, confesad, comulgad,» es decir, demostrar materialmente vuestra conformidad con mis leyes, y aunque en vuestro fuero interno, seais como los sepuleros blanqueados de que hablaba Cristo, estaréis salvos. La religión católica, como los fariseos judíos, en tiempo del Maestro, hacen consistir la salvación del alma en fórmulas exteriores, no ocupándose para nada de su estado de pureza y de adelanto.

No es extraño, pues, que haya dado, tanto á las palabras de Jesús como al Decálogo, la interpretación que más convino á sus fines particulares.

El primer mandamiento; el que es la base de aquella suprema Ley, bajada del Sinaí por Moisés; el que prohíbe al hombre hacer esculturas, pinturas ó figura alguna, de lo que hay en la tierra,

para adorarlas, ¿cómo lo ha interpretado el catolicismo? ¿cómo lo ha obedecido? ¿qué concepto del mismo ha difundido en las masas?

Hay que reconocerlo así. Los católicos son más idólatras que deístas; se entregan á toda clase de demostraciones religiosas en honor de *sus santos*, y al salir de los templos, de esas funciones semiteatrales cualquiera puede oírlos, lanzando blasfemias horribles contra el Excelso nombre de Dios.

Penetremos, con el respeto que nos merece, en el lugar, donde van aún las muchedumbres humanas, en busca de fortaleza y de consuelo, por más que allí no los encuentran; penetremos con el debido respeto en un templo católico. ¿Qué vemos allí? Muchos altares y en ellos, esculturas, pinturas, representando seres humanos que han pasado, como nosotros, por nuestro suelo, expuestos en ellos á la adoración de los fieles. Al ver esto, al mirar esos altares que respiran *pura idolatría*, en el templo de una religión que admite el Decálogo como base de su Moral, el alma pensadora siente pena al notar la inmensa contradicción que esto encierra.

Entonces, se explica el poco respeto del pueblo ignorante hácia el nombre augusto que ningún labio humano debía pronunciar. Dedicán los católicos todo su afán religioso, toda su adoración, á María, (á quien tanto venera y ama el Espiritismo) á los demás santos que figuran en sus altares; allí gastan todo su sentimiento religioso de tal modo, que nada les queda para el Padre Universal que los ha creado. Esta es la verdad y no dejarán de reconocerlo así, ellos mismos, si tienen recto criterio.

Sufre el corazón deísta, el alma que tiene puesta su vista en lo alto, á pesar de su pequeñez; que ha comprendido, aunque poquísimamente, algo de la Grandeza del Creador; sufre al oír continuamente esas palabras horribles, esas expresiones sacrílegas, que lo mismo las pronuncian los hombres que las mujeres y lo que es peor aún, los niños.

¡Católicos de nuestras poblaciones!

¡Desgraciados de los que así os expresáis! ¿Rendís fervoroso culto á vuestras imágenes y blasfemáis el nombre de Aquél que os ha creado, de Aquél que es el aliento y la luz del Universo, del Ser que es vuestro Todo?

¡Ah! ¡Callad, infelices, callad! ¡Sabed que la mejor prueba de respeto que podemos dar á Dios, nuestro Padre, es el considerar demasiado manchados nuestros labios para nombrarle!

¡Catolicismo! Ya lo ves. Aun no has sabido inspirar á tus adeptos el debido respeto al Supremo Hacedor. El primer mandamiento es para tus adeptos letra muerta. Creen que, cumpliendo con las imágenes con que has llenado tus templos, han dado toda la nota religiosa y tierna que se puede exigir de sus corazones. ¿No lo ves? Les enseñas á respetar á sus padres de la tierra y no haces lo propio con el Padre del cielo. No elevas su inteligencia y su

corazón hasta la concepción grandiosa de que, nunca sus palabras más respetuosas, más nobles, más grandes, más tiernas, más amorosas, más puras; serán bastante dignas para alabar á su Creador. Entre todos los errores tuyos, este es uno de los más grandes y de los que peores consecuencias tienen para la humanidad.

¿Por qué ese culto idólatra que divide las aspiraciones de los corazones en vez de unirlos? ¿No comprendes que estás dando mal ejemplo á los pequeños de la tierra que Dios, en su Infinita Bondad, te ha confiado, siendo para ellos la maestra de la irreligiosidad en vez de ser su guía hácia el bien; siendo su madrastra en lugar de ser su madre?

¡Despierta, Catolicismo, y al propio tiempo, haz que despierten tus hijos, que aún duermen adormecidos en el profundo sueño causado á sus almas por la idolatría y por el dogma! ¡Despierta, que te has dormido meciendo la cuna del género humano, favoreciendo tu sueño, es decir, tu estacionamiento, el retraso progresivo de la humanidad niña, confiada á tus cuidados!

¡Despierta al cumplimiento de las Leyes eternas dictadas por el Amoroso Padre que quiere la salvación de todos sus hijos! Oye esas voces que te llaman para que tomes parte, con ellas, en el divino concierto de las almas agradecidas por haber recibido la luz de lo Alto. Esas voces, que tú calificas de acentos del infierno, de llamamientos malditos, de obra de Satanás, son las voces de los espiritistas, que conscientes de su deber de amor y de respeto hacia tí, á pesar de tus múltiples errores, y del amor que deben profesar y profesan á todos los católicos, como hermanos suyos que son en Dios, os llaman ardientemente al olvido de todo lo que tiende á separarnos y al recuerdo constante de todo lo que debía unirnos, ó sea al amor de Cristo y al cumplimiento de su moral imperecedera.

¿Hareis oídos sordos á nuestros tiernos llamamientos? ¿Continuaréis tratándonos como á réprobos y al Espiritismo como á cátedra de Satanás?

Lo sentiremos en el alma, pero, no por eso, dejaremos de amaros ni cesaremos de emplear todos los medios *cristianos* posibles, para haceros comprender vuestros errores y para apartaros de las tinieblas en las que os han sumido el dogma, la ignorancia, el fanatismo y la idolatría.

A más conocimientos, más deberes. Esa es precisamente nuestra situación. Reconociendo que no sabemos absolutamente nada, sin admitir el título de buenos que sólo á Dios pertenece; la luz derramada sobre nosotros por el Infinito Amor, á pesar de nuestra indignidad, nos obliga á trabajar amorosamente y sin descanso para hacerla penetrar en el corazón de todos.

«No dejes la luz debajo del celemin» El mandamiento del Maestro divino es clarísimo. Por esto, empleamos hoy la que se desprende del primer mandamiento de la Ley de Dios, para alumbrar

los templos católicos que están continuamente á oscuras por culpa del culto idólatra á que en ellos se dedican sus fieles.

Menos idolatría; más respeto y más amor para el Padre Universal. Esto es lo que debo procurar, grabar el catolicismo en el corazón de sus adeptos. Menos catolicismo y más cristianismo. Menos romanos, menos idólatras; más devotos y más cristianos.

A esto deben tender todos sus esfuerzos, si quiere vivir dignamente, en medio de este siglo de luz y de progreso.

LA ORACIÓN

«P.—¿Qué es la oración?

R.—Oración es la elevación de nuestra alma hacia Dios; por ella entramos en comunicacion con Él y nos acercamos á Él.

P.—¿La oración es agradable á Dios?

R.—Sí, la oración sincera, la que sale del corazón; DIOS NO OYE LAS ORACIONES PAGADAS, ni las que se hacen sólo con los labios y sin atención.

P.—¿Por quién debemos orar?

R.—Por nosotros mismos, por nuestros padres, deudos y amigos de aquí y del espacio; debemos orar también por los que sufren y por los que tienen quien ore por ellos.

P.—¿Cuál es el objeto de la oración?

R.—Por la oración, pedimos á Dios fuerza y valor necesarios para soportar las pruebas y aflicciones de esta vida, con paciencia y resignación, y ser mejores.

P.—¿Escucha Dios al que ruega con fé y fervor?

R.—Le envía Dios buenos Espíritus que le asistan.

P.—¿Debemos orar mucho?

R.—Lo esencial no es orar mucho, sino orar bien.

P.—Decid la oración dominical.

R.—Padre nuestro que estáis en lo Infinito, santificado sea vuestro nombre; que vuestro reino, el reino del bien, venga á nos; que vuestra voluntad se haga en esta tierra como en todos los mundos habitados; dadnos el pan del alma y del cuerpo; perdonad nuestras ofensas como nosotros perdonamos de todo corazón á los que nos han ofendido; no nos dejéis caer en la tentación de los malos Espíritus, sino enviadnos buenos Espíritus que nos iluminen. Os amo, Dios mio, con toda mi alma y deseo amara todos los hombres, mis hermanos, por amor á Vos.

P.—Decid la oración por los que sufren, encarnados y desencarnados.

R.—Dios todopoderoso, que veis nuestras miserias, dignaos escuchar favorablemente mis ruegos por los que padecen, encarnados ó no encarnados. Dignaos, oh Dios mío, mirarlos con piedad y misericordia; abrid sus almas al arrepentimiento y dadles los medios de expiar su pasado. Que vuestro amor se extienda principalmente á los que yo he conocido y amado; enviadles un rayo de esperanza, haciéndoles entrever la grandeza de su destino y la dicha de estar algún día reunidos en mundos mejores.

NOCIONES DE ASTRONOMÍA

P.—¿Qué cosa es una tierra ó planeta?

R.—Una tierra es un globo que, como el que habitamos, no tiene calor ni luz propios.

P.—¿Quién dá á cada tierra luz y calor?

R.—El sol respectivo.

P.—¿Qué sería de la Tierra sin el Sol?

R.—El Sol es la fuente de vida en la Tierra; sin él todos los seres vivientes que pueblan la Tierra desaparecerían muy luego.

P.—¿Cuál es el tamaño de la Tierra?

R.—El de diez mil leguas de circunferencia

P.—¿La Tierra está inmóvil en el espacio?

R.—No, gira sobre sí misma en 24 horas, y en derredor del Sol en 365 días y 6 horas, ó sea un año.

P.—¿Qué distancia hay de la tierra al Sol?

R.—37 millones de leguas.

P.—¿Si la Tierra gira en el vacío ¿por qué no cae?

R.—Porque el Sol la atrae hacia él. Todos los globos se atraen, los unos á los otros; los grandes atraen á los pequeños, en virtud de la ley denominada de atracción ó de gravitación universal.

P.—Si el Sol atrae á la Tierra ¿por qué ésta no se precipita sobre él?

R.—Porque la Tierra se mantiene en su órbita mediante los movimientos de rotación sobre sí misma y de traslación en el espacio, que engendran una fuerza llamada centrífuga, la cual equilibra la fuerza de atracción solar.

P.—¿La Tierra ha estado siempre habitada?

R.—No, la Tierra, en su formación, era una masa de fuego que se ha enfriado poco á poco. Las plantas aparecieron al principio, en seguida ciertos animales y después el hombre. »

(De la obra «Lecciones de Espiritismo» por A. Bonnetont).